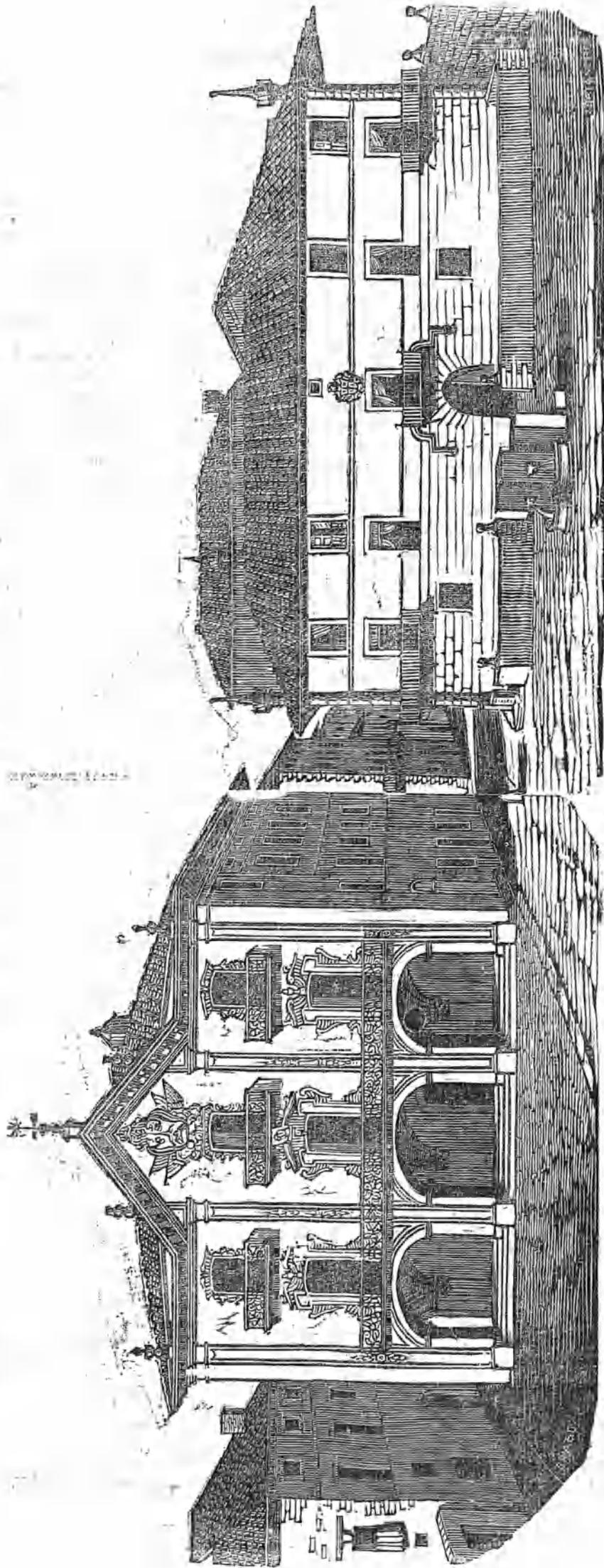


SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.



PLAZA DE OÑATE, CASA CONSISTORIAL, Y PALACIO.

OÑATE [1].



a villa de Oñate es una de las más notables en el suelo vascongado por la antigüedad de su origen y monumentos artísticos que encierra. Situada en el declive de una pequeña eminencia, llamada *Torrealdé* por un torreón que conserva, que fué antiguamente castillo de los condes de esta villa, se extiende su población en desiguales grupos por el frondoso valle que forman las montañas pitorescas que la rodean, y dos líneas principales de caserío hacen un ángulo, cuya unión ó vértice es la hermosa plaza pública que representa la estampa que acompaña á este artículo.

Esta es despejada y anchurosa: aunque su configuración no es enteramente regular ni todos los demás edificios que contiene son de la visualidad y belleza que los que manifiesta el dibujo. Estos son la casa consistorial y la inmediata, situada paralelamente á ella, y que forman vistosamente su costado oriental. La casa consistorial es bella y ostentosa á la par que sencilla en sus adornos y estructura. Es un grande edificio de piedra, sin los quilates primorosos del arte (obra moderna construída á fines del siglo pasado) con dos órdenes de balcones trabajados en hierro con esquisito gusto y completa uniformidad y simetría. En su parte superior se ven las armas de la villa compuestas de los cuarteles que recuerdan los tiempos primeros del vascongado suelo, y los cuales tienen, segun hemos podido comprender, íntima conexión y semejanza con las divisas que usaron los antiguos pobladores de las sociedades establecidas en los territorios de Larraga y Murguía. Su parte interior es estensa y cómoda, y la sala principal que sirve para las asambleas ó congreso del país es por su grandeza y magestad la mejor de todo el edificio. Este contiene además, en piezas construídas á propósito, la armería, el depósito, la cárcel y el archivo con otras habitaciones destinadas para los empleados en el servicio de la villa.

La casa inmediata, solar de una de las familias del país, es la que eligió para domicilio durante la guerra de las provincias Don Carlos María Isidro de Borbon, y no tiene más que esta circunstancia para poder ser notable, en atención á que su estructura artística no ofrece nada de particular como el lector podrá observar en el dibujo.

El interior sin embargo es anchuroso, está perfectamente alhajado, y no deja de proporcionar bastante comodidad á los que le habitan, segun tuvimos ocasion de observar cuando se hospedó en él el Sr. duque de la Victoria en la época del tratado de Vergara. Al pie de este edificio está situada la fuente que llaman *vieja*, cuya agua

(1) *El dibujo y artículo de Oñate tienen además del mérito de la oportunidad y exactitud, el de haber sido trabajados espresamente, este por el capitán D. JUAN GUILLEN BUZARÁN, y aquel por el comandante D. SESEN BUENAGA, ambos adictos al E. M. G. del ejército del Norte, los cuales alternando sus fatigas militares con su entusiasmo y conocimientos artísticos, nos han favorecido con este y otros trabajos dignos del mayor aprecio, entre los cuales se cuenta una vista y reseña de la fortaleza de SEGURA que ofrecemos para el domingo próximo á nuestros lectores.*

viene desde los elevados montes de Aloña donde tiene su origen, y su cañería de piedra que fue construída por el arquitecto D. Francisco Javier es obra de mucho mérito y aprecio; pues se ha conseguido con ella conducir desde la montaña el agua de dicha fuente, lo que anteriormente con tanta dificultad se conseguía. La población está bañada por tres pequeños rios que se juntan en esta plaza, donde hay dos sólidos y fuertes arcos construídos sobre ellos para facilitar la comunicacion de la villa.

Además de estos objetos que hemos descrito contiene Oñate otras curiosidades dignas de referirse, y que trataremos con la posible brevedad.

La iglesia colegial y única parroquia que hay en la villa, situada también en la plaza, ostenta en ella grande y magestuosamente su aspecto de nobleza y antigüedad. Su estulo es gótico, y está adornada exteriormente de cornisa, escudos, pilares y otros adornos, que distribuidos con oportunidad y gusto hacen resaltar más su belleza. Su parte interior, formada de tres anchas y elevadas naves, es espaciosa y clara, y lo más notable que se halla en ella es el retablo del altar mayor por el primor de su trabajo, la sillería del coro por sus bellas molduras, y el presbiterio de negro y bruñido jaspe por su elevacion de más de ocho pies sobre el pavimento de la iglesia. En su lado occidental se levanta la magnífica torre también de jaspe, pero menos oscuro, con dos elegantes cuerpos de arquitectura vitrubiana adornados de cornisas y estatuas, y cuya elevacion es de 190 pies. Esta obra es más moderna que la iglesia; pues se construyó por los años 1700, siendo su director el arquitecto D. Manuel Carrera. En el templo descrito se contemplan también dos hermosas capillas con sepuleros de mármol, la una del conde de Oñate, y la otra de D. Rodrigo de Mercado Zoco-yola fundador del colegio mayor, célebre universidad de esta villa. Este edificio también es magnífico y ostentoso y aun conservaba en el día (á pesar de los estragos de la época y usos á que ha estado destinado) sus aulas, capilla, biblioteca y demás localidades en el mejor estado de brillo y esplendor. Toda su obra es gótica adornada de galerías, columnas, estatuas, bajos relieves y demás adornos que hacen el cuadrado que forma su patio principal vistoso y encantador. Fue edificada por los años 1540, y dirigida su construcción por el arquitecto Francisco Pedro Picart.

Hay además en Oñate dos conventos de monjas conservadas en buen estado y respetables por la antigüedad de su origen; de uno de ellos fue director San Francisco de Borja, y el otro más antiguo, al parecer, y de estilo gótico fue fundado con esplendidez y ostentacion por Don Juan Lopez Lazarraga, contador de los Reyes Católicos.

Las calles de Oñate son anchas, espaciosas y cómodas, y la mayor parte de sus edificios presentan aquel aspecto de antigüedad y grandeza que distingue en general á todos los del suelo vascongado. Sus cercanías son deliciosas y amenas: en ellas se encuentran con frecuencia hermosos palacios con armas, almenas y torres, y modernos caseríos edificados con primor y esquisito gusto. Las costumbres de sus habitantes son sanas, sencillas y religiosas, y su carácter tan noble, franco y generoso como emprendedor, irascible y valiente. En el día Oñate goza de las antiguas instituciones de sus fueros, y con ellas de los gratos beneficios de la paz que ha sucedido venturosamente á la desastrosa guerra civil.

JUAN GUILLEN BUZARÁN,

RECUERDOS DE VIAJE.

SEVILLA EN 1859.



ame tienes, Fernando, en Sevilla, en la encantadora Sevilla, en la querida del sol, como dice Dumas, en la ciudad de la fidelidad y los placeres.

Tal vez me tacharás de inconsecuente en mis afecciones, recordándome mi cariño y entusiasmo hacia esa ciudad. Y por ventura te he perdido? No; mil veces al surcar en una ligera barquilla las tranquilas aguas del Guadalquivir, y viendo á lo lejos, en medio de la dormida ciudad, elevarse magestuosa la Giralda, descollando altanera de entre esa alfombra de naranjos y limoneros que crecen á su pie, mil veces apartando los ojos de tan magnífico espectáculo, los he vuelto ansiosos de descubrir al lejos la encantadora Granada. En vano mi vista se cansaba; el horizonte mezquino y estrecho ponía un obstáculo invencible á mis deseos; pero su Alhambra, sus *edificios* bañados por las palmeras onduladas del Geuil y Darro, la pintoresca Sierra Nevada, todo esto unido á tantos recuerdos de dicha y de infantil alegría pasaban por mi mente cual ensueños purísimos de la niñez.

Te he nombrado á Granada y á Sevilla, y quiero darte mi parecer sobre esas dos perlas de la extendida España, sobre esas dos sultanas rivales del sol del mediodía.

Granada con sus recuerdos moriscos de ayer, con sus palacios aliligranados, en que apartaron los árabes los inmensos tesoros de su brillante fantasía, Granada con sus deliciosos jardines y su Sierra Nevada, conmueve mas la imaginación, joven, llena de gracias, está en los primeros años de su vida. Sevilla con su Giralda y su Guadalquivir, aparece á la vista si menos seductora, tal vez mas majestuosa. Granada es una niña esbelta y encantadora con la coquetería de los pocos años; Sevilla, amada de la carrera de su vida, ostenta su belleza, si menos seductora, tal vez mas sólida. Es la ciudad de Herrera y de Murillo.

Hay en ella dos pueblos diferentes: la ciudad y Triana, que une un puente de barcas. Quédate Triana con sus gitanos y sus *Esmaraldas*, con sus costumbres de ha seis siglos, para otra día que te escriba, y oompémonos hoy de lo que propiamente constituye la ciudad. Como en todos los pueblos cuya existencia se pierde allí en los siglos, encierra Sevilla dentro de unos mismos muros dos poblaciones distintas, la una de esa edad que fué, la otra que aun cuenta los días de su vivir.

Si bien soy muy joven, mis ojos no pueden menos de volverse á lo pasado. Hay en esos siglos que jamás volverán tantos recuerdos de grandeza que es preciso consagrarles algunas líneas.

En muy corto trecho se encuentran el *Alcázar*, la *Louja* y la *Catedral*, principales monumentos que en Sevilla llaman la atención. Tal vez la reunion en tan corto terreno sea emblema que nos muestra lo breve del tiempo de nuestro poderio. Sí, hubo un momento en que el sol no se ponía en los dominios españoles, hubo un día en que fuimos los árbitros del destino de los pueblos. Pero ese tiempo pasára velozmente, y hoy solo nos quedan los edificios, páginas brillantes de nuestras glorias, contra los cuales se ha estrellado el torrente destructor del tiempo.

El *Alcázar*, obra de los árabes, manifiesta en lo poco que conserva de su primitivo ser, esa imaginación oriental, esa riqueza en todos sus adornos, hija solo de los pueblos del mediodía. Reedificólo el rey D. Pedro, y necesaria-

mente tiene que resentirse del estado de ignorancia en que se encontraban en aquellos días las naciones del Occidente. Los hombres del siglo actual quisieron enmendar esta falta, é incapaces de producir nada, nos quisieron quitar hasta la memoria de nuestros antiguos y santos monumentos. Han blanqueado la fachada, y han puesto un letrero que dice: «*Reedificóse en 1810.*»

A un lado, y entre la yerba y musgo que la rodea, se eleva majestuosa la *casa-Louja*. Allí está, para recordarnos que fuimos los que descubrimos y conquistamos un nuevo mundo; allí está, para mostrar á la raquítica generación del día, lo que pudo el genio de los españoles en los reinados de Carlos y de Felipe.

Hay recuerdos que si balagan el orgullo de los pueblos, asesinan tambien á los que aun tienen sentimiento en sus corazones. El mio necesitaba un consuelo, y fui á buscarlo al templo del Señor. El torrente de las revoluciones ha dejado tambien en él impresa su destructora huella. ¿Donde están sus innumerables lámparas de plata...? ¿dónde la multitud que acudía con la fé y esperanza en el corazón á entonar cánticos al Dios de nuestros padres? Desiertas y silenciosas recorri las inmensas naves sostenidas por cien columnas. Aun quedan algunos restos salvados del naufragio: aun se encuentra allí la tumba de Fernando, aun se ven al rasgo de los pintados cristales los cuadros de Murillo.

El crepúsculo de la tarde iba á apagar su última luz, y preciso me fue abandonar el templo. Solo pasé por bajo de la Giralda, y despues de haber lanzado una mirada á ese angel que le sirve de corona y que se pierde entre la neblina, entré en un laberinto de callejuelas contiguas á la catedral, habitado en su mayor parte este cuartel de la ciudad por los canónigos y demás dependientes de la iglesia, manifestaba ese mismo silencio que habia notado en el templo. Ya la noche cubria la tierra con su manto, y ni una estrella se veía en el cielo. Los faroles ó no se encienden en calles por donde nadie transita, ó no les habia llegado aun su hora.

Llena mi alma de recuerdos, se perdía en el laberinto de los siglos. Tal vez en el sitio en que estaban mis pies estubo parado el cantor de la batalla de Lepanto; tal vez Rioja al retirarse de los maitines de la catedral tuvo el primer pensamiento de su epístola á Fabio.

¡Y todo ya pasó! veloz el tiempo

Entre sus pliegues nuestras glorias lleva...

Un grito de «*¿quién va?*» vino á sacarme de mi éxtasis. Era un amante que esperaba á la reina de su amada. Enemigo, como soy, de escortar á nadie, apresuré el paso, pasando y cruzando callejuelas. En la esquina de una de ellas miré un busto colocado en una especie de nicho. Tal vez, díge, será la estatua de Murillo. Pero el busto, en vez de corona de laurel tenía una diadema, en vez de pisar sus manos sostenian un celero. Era la imagen de D. Pedro el Cruel.

Recordando mi primera idea, quise buscar la estatua de Murillo; y en vano me fatigué. Murillo en Sevilla no tiene el mas pequeño monumento. Los hombres del siglo XIX, del siglo de la ilustración y de las luces no han levantado un recuerdo á su memoria. Han hecho bien: le sobra su nombre para su eterna gloria (1).

Sin guía, sin dirección, sin fin alguno, atravesando calles y cruzando plazas, me vi en la de *San Francisco*. Esta es la línea divisoria que separa la ciudad vieja de la nueva. Tambien sus edificios llevan impreso el sello

(1) A mediados del verano se creó una comisión presidida por un artista conocido en Sevilla por sus talentos, que antes de proceder á la instalación de un museo se ha encargado de la erección de un monumento á la memoria del pintor español.

del siglo en que vivimos, de este siglo fascinador. Los *corrales*, los patios y jardines, iluminados por multitud de luces nos mientan mil ilusiones; deslumbran la vista, sin dejar huella en el corazón.

Arrastrado por la multitud me llevó esta á la plaza del Duque. Allí bacinado un gentío inmenso, flota de un lado al otro, cual se mecen las olas del agitado mar. Pero yo me abogahe, mi corazón necesitaba una atmósfera mas aucha donde poder respirar libremente. No lejos se halla la *Alameda vieja*; allí está sola y abandonada, habiendo sido un día el único paseo de Sevilla. A un estramo se ve la inquisición medio arruinada.

Llena mi alma de tan diferentes sensaciones, rendido de cansancio me retiré á casa. Bullian en mi mente multitud de ideas, y mi alma se perdía en el recuerdo del tiempo que ya fue. Un nuevo sol, brillante cual el sol de Andalucía, volvió á lucir y pude ver clara. Sevilla, digo, crece por momentos en población y en riqueza; ¿será el último suspiro de un moribundo?—No; yo tengo una esperanza, yo oigo en mi corazón una voz que me dice que no está lejos el día en el que alumbre para Sevilla y para toda España un sol radiante. Vendrá un tiempo en que nuestra patria, recordando lo que fue, vuelva por su olvidado nombre. Entonces la lira de los Herreras y Leones volverá á entonar cánticos de alabanza al Dios de nuestros padres.

DIEGO CUELLO Y QUESADA.

MANUEL EL RAYO.

NOVELA DE COSTUMBRES (1).

III.



Salido de Rota en dirección de San Lúcar, se descubre una de las campiñas más ricas y fértiles de España. Por un lado se mira toda el país cubierto de hermosos olivares, y por otro, y en los sitios escabrosos, se cultiva la viña que produce el exquisito vino conocido en toda Europa con el nombre de *Pintillo de Rota*. Mas adelante la campiña es aun mas varia; desaparece la vid, el pino sucede al olivar, y altas montañas divididas entre sí por torrentes impetuosos, cortadas en picos elevados é incultas, cuyas blanquecinas cabezas se confunden á veces con las nubes, desafían al recio impulso de los huracanes, é inspiran siempre al viajero colocado á su pie aquel silencioso pavor de que todo hombre se vé poseído ante los magníficos cuadros de la naturaleza.

En las gargantas de estas montañas deshabitadas, es donde andan los mas terribles bandoleros, y todo al rededor es lúgubre y sombrío aun en las riberas del mar donde aquellas van declinando y dividiéndose en varias grietas, efecto de la acción incesante de las aguas. Esta última circunstancia es aun mas sensible en cierto sitio, en que la mar, entrando en una estrecha y profunda garganta, presenta una ensenada segura y apacible, aunque tan pequeña, que apenas pueden fondear en ella tres ó cuatro embarcaciones á la vez; por uno de los costados la enorme roca, elevándose como una inmensa muralla mas de 150 pies sobre el nivel del mar, ofrece á

la vista un segundo cuerpo en su parte superior, como si la masa que le forma hubiese sido de intento colocada allí por la mano del artista, y entre el primero y segundo cuerpo, un gran pico de roca seco y descarnado se adelanta hácia las aguas por largo espacio, presentando á cierta distancia el aspecto de un brazo gigantesco. Esta estraña singularidad es la que ha hecho que los contrabandistas hayan dado á aquella roca el nombre de *La gran fantasma*, cuyo título confirma todo el que la ve desde el mar.

La pequeña bahía que se encuentra al pie de aquel imponente coloso no es otra que la *ensenada de la Salud*, como ya habrá adivinado el lector, la misma en donde debe verificarse el desembarco del cargamento cuya defensa habia sido confiada á Antonio.

El 22 de setiembre á las 8 de la noche todas las gentes que Manuel habia tomado á sueldo se encontraban reunidas hasta en número de 60 en la ensenada de la Salud. Ninguno habia faltado á la consigna; y sobre todos los puntos culminantes de las colinas que la rodean se veían acechos armados de todo punto, con órden de hacer fuego á toda figura humana que no respondiese á la seña. El grueso de la compañía, escondido en una grieta de las rocas, debía acudir al primer punto amenzado en donde fuese necesaria su presencia, y Manuel, subido en la cima de la gran fantasma, armado con sus cuatro pistolas, de pie, y apoyando la espalda en la cabeza del gigante granítico, dominaba desde allí hasta una inmensa estension de tierra y mar. No lejos de él Francisco Muñoz, uno de sus hombres de mas confianza, paseaba á guisa de centinela por los senderos mas escabrosos de la montaña. Un silencio terrible reinaba en su alrededor, y el mar, apenas rizado por una ligera brisa, no dejaba escuchar mas que el monotonó balance de las alas que llagaban perezosamente á besar el pie de la montaña.

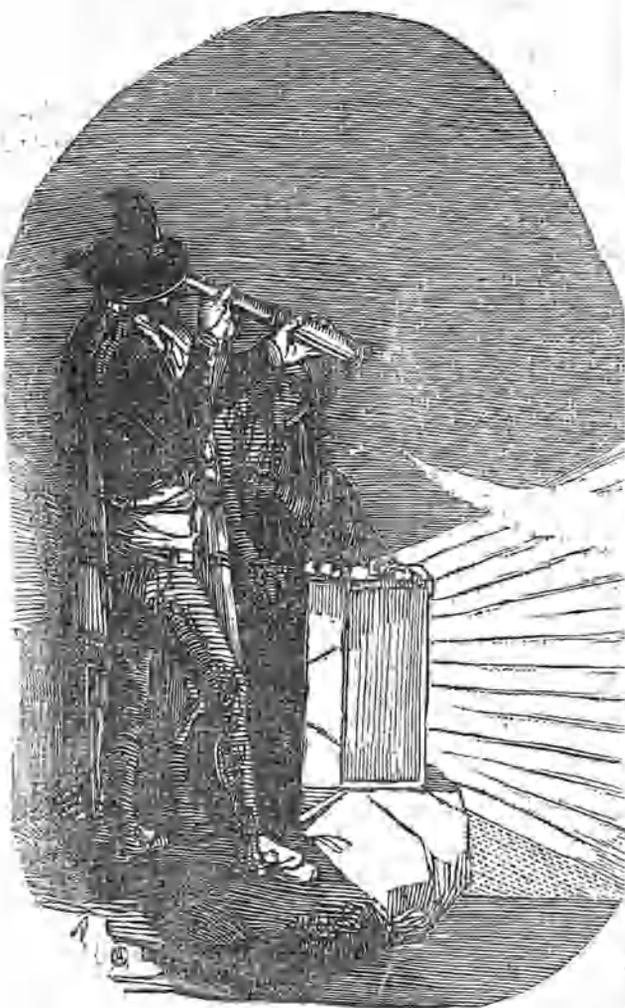
Nuestro contrabandista con su anteojo de noche consultaba el horizonte, pero nada se alcanzaba á ver sobre la superficie de las aguas en el inmenso semicírculo que abrazaban sus miradas, y ya habria pasado una hora en esta silenciosa ansiedad, cuando Francisco observó que el anteojo del contrabandista no saltaba ya de un punto á otro, sino que estaba fijo hácia uno determinado, que á juzgar por la altura del instrumento, debía divisarse bastante lejano. De repente Manuel sin perder de vista el objeto que llamaba su atencion, — «Haz una seña!», le dijo á Muñoz en voz baja. — «En qué direccion?» contestó este. — «Un poco á la derecha de la farola de Cadix. — Francisco abrió entonces una linterna sorda de tres pies de alta, y dejó ver una luz clara y vivísima por el reverbero interior de la linterna, mas disparada solamente en un estrecho círculo, en direccion del cual se presumia estar el objeto que habia visto Manuel.

Despues de un cuarto de hora de silencio, — «Todaya nada» (dijo Manuel con impaciencia), «y sin embargo á estas horas debería estar Antonio á lo menos á la altura de la farola.» — Continuó volviendo á dirigir el anteojo hácia aquel punto del horizonte. Algunos minutos despues de pronunciadas estas palabras: — «Muñoz, Muñoz», dijo con alegría, ¿no ves alla abajo la respuesta á la seña! —

Un pequeño punto luminoso casi imperceptible distinguíase en efecto, aunque solo con la ayuda del anteojo, como anegado en una espesa niebla en medio del horizonte. — «Haz la segunda seña!», dijo el contrabandista. — Muñoz hizo brillar por tres veces una masa de luz que aparecía y desaparecía con la rapidez del relámpago, efecto de cierta cantidad de pólvora colocada en un foso de la montaña. Manuel guardaba silencio. — «Sea enhora-

(1) Véanse las dos entregas anteriores del Semanario.

buena, » dijo en fin; he aquí la respuesta de la goleta á la segunda señal... ¡Perezosa!... Bien sabía yo que vendría á la cita!... añadió con la expresión del amor propio satisfecho.—Muñoz, provee nuestra gente, y toca la bocina.»



Y en el mismo instante un sonido particular, agudo y monótono interrumpió el silencio de aquellos sitios. El eco de las montañas repitió por intervalos este sonido, y todo volvió después á quedar en silencio.

—«La brisa empieza á refrescar... La mar está buena. Podrán estar aquí dentro de una hora (dijo el contrabandista estendiendo su manta sobre lo escarpado de la montaña.) Haz centinela, Muñoz, que voy á descansar un instante.»—Diciendo esto encendió su cigarro y se tendió boca arriba en el límite de la montaña con las piernas colgando hacia el abismo.

Hacia ya media hora que estaba en esta posición, y Muñoz continuaba haciendo reflejar su linterna hacia la goleta que debía acercarse al abrigo de aquel faro accidental. Todo era silencio en torno de ambos, cuando de repente un ligero rumor como si fuera producido por el paso rápido de un hombre, se dejó escuchar á alguna distancia; el contrabandista se puso en pie de un salto, y él y Muñoz prepararon sus escopetas, la mano en el gatillo, el oído atento, conteniendo la respiración, y en este acecho permanecieron inmóviles procurando penetrar con su vista las sombras de la noche; pero en vano; porque nada que se moviese llegó á fijar sus miradas.—«Esto habrá sido sin duda, dijo Manuel en voz baja, alguna bestia feroz que se habrá precipitado allá al fondo: no importa, bueno es estar con cuidado. Acuérdoma que una noche á esta misma

hora un ruido semejante al que acabamos de oír, me llamó de repente la atención. Estaba solo, y dirigí mi vista á todos lados hasta que allí á la derecha, al otro lado del torrente, por bajo de esa roca que negra allí mas, noté algo que se movía, armé mi escopeta é hice fuego... algunos gritos lastimeros vinieron al instante á penetrar mis oídos, pero el peligro había pasado, porque los gritos salían del precipicio: al día siguiente distinguí mutilado y hecho pedazos por la caída el cuerpo de un espion de la costa.—

Apenas había Manuel acabado estas palabras, cuando otro ruido aun mas extraño vino á interrumpir su misteriosa conversacion. Un cañonazo disparado á lo largo del mar, y en la dirección de la rata de la goleta, hizo temblar la base de la gran fantasma. Manuel tomó precipitadamente su antejo, y enfílndole hacia el lado del horizonte de donde había partido la explosión... ¡Carra... amba...! gritó con furor, pronunciando una de las interjecciones tan frecuentes en esta clase de hombres.—«¿Qué has visto? dijo Muñoz con interés.—¡Por el diablo que me lleve, dijo el contrabandista, creo que es el brick guardacostas que avanza á toda vela contra la goleta, y amenaza atacarla...!»—

La vista perspicaz del contrabandista no se había engañado; era el *Velos* de la marina real, que siguiendo el aviso que le daba la torre de Tavira en Cádiz, señalándole un buque que segun maniohra sospechosa parecia contrabandista, había salido al mar, y se encontraba, favorecido por la marea baja, muy cerca de la goleta.

Manuel parecia fuertemente agitado, aunque afectando serenidad, y dejabase adivinar en él la ansiedad en que le tenia el resultado del lance, que sin duda iba á empeñarse. Ayudado de su antejo espía con atención todos los movimientos de ambas embarcaciones, aunque á veces la obscuridad las ocultaba á sus pesquisas; un silencio de algunos minutos había sucedido al primer cañonazo; escuchóse en seguida el segundo, después el tercero, y otro, y otro, y otro; luego, en fin, y durante un cuarto de hora un prolongado fuego de mortuiteria, infinidad de fogonazos al través de una densa nube de humo, un ruido imponente y terrible prolongándose magestuosamente entre las ondas, y que repetían á lo lejos las altas montañas de la costa como el eco del trueno en una horrorosa tempestad... De allí á poco todo quedó en silencio y completa obscuridad.

El contrabandista paseaba siempre á lo lejos su mirada sombría y amenazadora. Muñoz no osaba ya dirigirle la palabra, y solo con la muda y atenta observación de sus movimientos procuraba adivinar el desenlace de aquella importante lucha: una sola palabra, apenas pronunciada, se escapa de la boca de Manuel.—«Nada»—y esta palabra con su brevedad desesperadora no era otra cosa que una duda mas, susceptible de cualquiera interpretación. De repente, en fin, y como herido de una súbita aparición—«se ha salvado, se ha salvado»,—grita Manuel desde arriba con tal voz, que pudo ser escuchada por el grueso de la compañía que acompañaba al pie de la montaña. Momento semejante á aquel en que el vigía de una embarcacion, colocado en el polo mayor, deja escucharse á la tripulacion aquellas palabras mágicas de *tierra, tierra*.

—«Toca la llegada, y enciende los fuegos de guía», añadió el dichoso Manuel.—Al instante Muñoz hizo oír el agudo sonido de la corneta: un confuso movimiento se escuchó á los pies de la gran fantasma; inmensas fogueradas de ramas secas alumbraron en un instante la estrecha entrada de la Esenada de la salud, y permitieron distinguir hasta medio centenar de hombres, todos

armados y formados en pie sobre la rívera; el linternon, que hacía dos horas ardía en la cima de la montaña, quedó instantáneamente apagado; el contrabandista Manuel apareció en medio de su tropa, y mandando el silencio tomó la bocina, y dirigió a los de la goleta estas palabras.

— ¡Ola! Compañeros, ¿quién vive? — «Nuestra señora del Carmen», — respondieron los de la embarcación. —

— «Sea ante todas cosas bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar», (dijo el contrabandista volviéndose a los suyos, y santiguándose humildemente). — «Por siempre sea alabado», respondieron los otros con gravedad, y pusieron las armas en pabellones.

Un cuarto de hora se habría pasado, cuando una pequeña embarcación, rotos los palos aguzada por todas partes, y con cuatro hombres muertos y siete heridos sobre el puente, entraba en la ensenada de la Salud. Era la goleta del contrabandista Antonio.

Atraçada que fué a la costa — «Dios os guarde, hijos míos», dijo Manuel con una voz grave: — «y a V. también, nuestro amor», respondieron los hombres de abordo; y después ni una palabra más, ni otro movimiento que el de trescientos brazos ocupados en descargar el buque en medio del mas absoluto silencio, solo interrumpido por los chirridos de las poleas que ayudaban a levantar los fardos. Todas aquellas sombras se agitaban sobre las rocas en el seno de la mas completa obscuridad, y únicamente de vez en cuando solían aparecer acá y acullá algunas lucecillas de varias lanternas, a quienes lo espeso de la niebla no permitía estender su claridad más que a un estrecho semicírculo.

Antonio y Manuel permanecieron un momento abrazados hasta que retirándose a un lado: — Estoy contento de tí, dijo este a aquel con una expresión de ternura. ¿Estabas muy lejos cuando el briik ha disparado la andanada? — Dos leguas largas. — ¿Y le habéis tratado bien? — Cerca de un cuarto de hora le han dominado mis fuegos. — Y él por consecuencia también os habra hecho gran daño? — Casado ha podido virar de bordo y utilizar todas sus piezas, ya habia perdido el palo mayor, y la mitad de su tripulación yacia muerta en el entrepuente. — ¡Y sin embargo, dijo Manuel, tenia doble genté y artillería, y habiera podido abresar a mi pobre goleta! — La última bordada es la única que nos ha causado las pérdidas y averías que podras ver. — ¿Y luego? — ¡Largo! ¿qué habian de hacer? hair como unas gallinas. — ¡Bien por Antonio! gritó Manuel, ¡bravo! desde este día te tengo por todo un contrabandista. — Siempre seré digno de este título, y... de la mano de Casilda, dijo Antonio mirando fijamente a Manuel. — ¿De mi hija? contestó este con un movimiento extraño, que no se ocultó a los ojos penetrantes del jóven. — Si por cierto... ¿acaso habras mudado de intencion? dijo Antonio con abatimiento. — Nada de eso, replicó Manuel, y antes bien es posible que no espere para uniros al término que habia fijado. — ¿Qué diceis!, exclamó Antonio lleno de alegría. — Digo la verdad, contestó Manuel procurando reprimir un suspiro. — ¿Acaso será?... Después habláremos, le interrumpió el padre de Casilda. — Y dicha esto se alejó, como atormentado por un vago presentimiento de la desgracia que acaso le amenazaba, y sin poder apartar su imaginación de aquel paño blanco que habia visto suspenso en las rejas de su hija.

Antonio entre tanto, lleno el corazón de ilusiones y de esperanzas, saboreaba las últimas palabras de Manuel, que parecían asegurarle el cercano término de sus descos.

ESTUDIOS CIENTÍFICOS.

MINAS DE CARBÓN DE PIEDRA.



El abandono con que se ha mirado en España durante muchos años el interesante ramo de arbolado y montes, y por otra parte la legislación y practicas absurdas que se han seguido en este punto, hacen que se conozca ya la falta de combustible, y que su precio vaya aumentandose con rapidéz. En vista de estos antecedentes no dudamos que dentro de poco se realizara el cuadro aterrador que la mano maestra del sabio y distinguido agronomo D. Antonio Sandalio de Arias ha trazado al hablar de esta materia. Considerando el mal que nos amenaza, y viendo que el gobierno no se ocupó del remedio, imposible de otra parte, puesta que se necesitan muchos años para conseguirlo, naturalmente se ocurre la idea de que pudieran explotarse minas de carbon de piedra, cuya existencia en nuestro país no es dudosa. Obtenido este artículo, no solo podriamos acudir a la escasez de leña y carbon de madera que ha de servirnos, sino que tendríamos ademas el combustible necesario y a propósito para maquinas que la industria ha introducido ya en nuestro suelo, y cuyo número ira siendo mas considerable a medida que la paz y un gobierno protector de los intereses materiales vayan arraigandose en España.

El carbon de piedra, cuyo uso esta hoy día muy generalizado en Europa, es un producto natural que se halla en venas situadas a diferentes profundidades de la superficie terrestre; así es que se encuentra a veces el carbon en las primeras capas del terreno, al paso que otras es preciso bajar a trescientas toesas para descubrirlo. Estas venas se diferencian mucho unas de otras en su dirección y estructura; en su dirección, puesto que las hay casi horizontales, ligeramente inclinadas y otras que se aproximan a la vertical; en su estructura, porque unas son anchas y poco elevadas, y otras por el contrario estrechas y de grande altura. A medida que van explotandose unas y otras se abren galerías que sirven para transportar el carbon desde el parage donde se extrae de la vena hasta el punto donde se carga, como despues veremos.

Las marcas de pescados y vegetales que se encuentran en el carbon, y particularmente la figura gigantesca de una especie particular de plantas que rara vez deja de hallarse, dan una idea exacta acerca de la naturaleza de este producto, el cual se ha formado a no dudarlo ó por una gran combustion verificada a poca distancia de la superficie horizontal, ó por la inmersión de una cantidad prodigiosa de plantas y objetos combustibles, que las diferentes revoluciones y trastornos acaecidos en el globo durante los primeros siglos han hecho descender a una gran profundidad. Esta es la manera mas convincente de probar semejante hecho, puesto que vemos, que cuando se quiera sumergir la madera con animo de que permanezca mucho tiempo debajo del agua (segun se verifica en la construcción de puentes y obras hidraulicas) se carbonizan los extremos que han de entrar en el fondo del rio, con lo cual se conservan indefinidamente.

El proceder que se emplea para buscar el carbon de piedra, es conforme a las observaciones geológicas que se han hecho ya en las minas explotadas; y es probable

que se haya debido a la casualidad el encontrar las primeras minas.

Aunque la disposición de las diferentes capas bajo las cuales se halla el combustible sea por lo general la misma, es sin embargo imposible conocerla con exactitud cuando la vena está a una gran profundidad, con solo examinar las capas superiores. Por lo tanto es indispensable echar mano de la sonda como un medio seguro de conseguir el descubrimiento.

Rara vez se encuentra en un parage una sola vena, lo comun es que haya otras varias paralelas casi siempre entre sí; por manera que cuando se halla una en dirección horizontal, se está moralmente seguro de descubrir otras al rededor que tengan la misma inclinación; é igualmente, si la dirección de la primera que se halla es vertical, las demas que se vayan descubriendo en sus inmediaciones irán casi infaliblemente en el mismo sentido. En ambos casos es facil encontrar varias venas una vez descubierta la primera; y hay mineros tan prácticos en este conocimiento, que sabiendo donde está la primera vena, señalan con la mayor exactitud el parage donde es preciso cavar para encontrar las restantes.

Sucede a veces con frecuencia, que despues de haber seguido algun tiempo la vena una misma dirección, se halla una cantidad considerable de piedras que impide extraer el combustible. Ordinariamente basta separar este estorbo para volver a descubrir la vena en el mismo sentido, pero en otras ocasiones es preciso cavar durante algun tiempo hasta que viene a aparecer la vena mas arriba, mas abajo, a derecha ó á izquierda. Tambien tienen mucha practica los mineros para encontrar las venas interrumpidas por semejante accidente.

La explotación de las minas de carbon de piedra se verifica abriendo primeramente en tierra un pozo ancho de figura hexagona, y cuando la profundidad es considerable, y la masa de combustible de alguna importancia, se coloca una maquina de vapor para subir y bajar unos grandes toneles ó cubos que se cargan de carbon al pie del pozo en el parage adonde van a parar todas las galerías subterráneas. Hay unos muchachos que llevan en carretillas el carbon desde el parage en que los mineros lo extraen de la vena hasta el punto donde se carga en los cubos para que lo suba la maquina; cuando las galerías son suficientemente anchas, lo cual sucede siempre que las venas lo son considerablemente, se emplean caballerías para hacer este servicio; y como sería muy peligroso no apuntalar la escavacion, y por otra parte costaría mucho hacerlo con pies derechos de madera, segun se practica en las venas que tienen poca anchura, se deja de cuando en cuando un machon ó pilar del mismo carbon, lo cual es suficiente para impedir los hundimientos, y que se trabaje con seguridad.

Una de las cosas mas difíciles que hay que hacer en la explotación de las minas, y para la cual se necesitan conocimientos especiales y facultativos, es introducir el aire atmosférico en las galerías subterráneas, a fin de extraer los gases deletéreos que se desprenden constantemente, sin lo cual se asfixiarían los trabajadores. Para conseguirlo se establece a todo lo largo de las galerías una serie ó continuacion de tubos que van a desembocar al parage en que se recoge la ceniza de un horno preparado al efecto. Por medio de estos tubos se conserva en los pozos de extraccion y en las galerías una corriente de aire que a veces es preciso disminuir. Sin embargo, hay venas que contienen tal abundancia de gas hidrógeno, que las galerías se llenan instantáneamente; el humo que despiden los trabajadores comunica el fuego a este gas sobremanera inflamable, y se verifica una ter-

rible explosión que hace perecer con frecuencia a todos los prones que hay en la galería. Para evitar este funesto accidente, que ha sido causa de que se abandonen ricas minas despues de haber hecho grandes trabajos y desemborsos, ha inventado Mr. Davy (uno de los sábios a quien deben mas las ciencias físicas y matemáticas), una lámpara ó linterna de seguridad, a la cual se ha dado el nombre de su autor, y que ha salvado a estas horas la vida de infinitos trabajadores.

Conociendo, pues, Mr. Davy el experimento físico de que una llama no penetra al través de una tela metálica cuando las mallas son muy pequeñas y espesas (de lo cual puede cualquiera convencerse tomando una vela y un pedazo de tela de esta especie), discurrió encerrar dentro de una tela metálica de mallas muy finas la luz que por precision deben llevar todos los mineros. De este modo, cuando se desprende el gas hidrógeno en las galerías, entra en las lámparas por los espacios que dejan las mallas y se inflama allí dentro; pero en virtud de la propiedad de que hemos hablado, no puede comunicarse el fuego a lo exterior, a no ser que el minero inadvertidamente deje prolongar la inflamacion el tiempo suficiente para que el hilo metálico se ponga rojo. Cuando llega este caso, basta apagar la lámpara ó colocarla simplemente en la parte mas baja de la galería, porque el gas hidrógeno como mas ligero está siempre en la parte superior. Las lámparas están hechas de manera que sin necesidad de abrirlas puede el minero sacar la mecha para dar mas luz y sin despabilarla.

En algunos pozos de carbon ha ocurrido un accidente que aunque no es tan peligroso para las personas que trabajan, puede sin embargo ocasionar la pérdida de la mina; este accidente es la inflamacion espontánea del carbon mismo.

Se ha visto con frecuencia algunos montones colocados al aire libre calentarse lo suficiente para determinar la inflamacion de los gases que se desprenden y del carbon mismo. En las minas de Saint-Etienne (Francia) sucedió una parecida el año de 1832; el fuego se apoderó espontáneamente de una rica vena, y fue imposible apagarlo. Y á fin de que no se arruinase enteramente la explotación, se aisló por medio de galerías bien anchas la parte encendida, y se la rodeó de gruesas paredes de fábrica con objeto de interceptar la comunicacion del aire exterior con el resto de la mina. Es probable que el fuego se apagase con esta precaucion; lo cierto es que ha seguido explotándose la misma vena.

Pero todavía no se conoce un medio completamente eficaz para evitar otro accidente mas funesto aun, como es la inundacion a que están espuestas las minas. Con la idea de prevenir este contratiempo en lo posible, á medida que se abre el pozo se van colocando al rededor piezas de madera en figura de arco apoyadas unas contra otras, y bien ceñidas en sus juntas. Pero no obstante esta precaucion, el agua se abre paso, cae en el fondo de los pozos, y los llenaría al fin sino se tuviese cuidado de extraerla continuamente. A este fin se prolongan los pozos por mas abajo de las galerías de explotación, y se dispone todo en términos que las aguas vayan a parar naturalmente a un mismo sitio, donde se establece un sistema de bombas movidas por una máquina de vapor de una fuerza considerable, la cual trabaja constantemente dia y noche para que el depósito esté siempre vacío.

Hay otras minas en que se colocan varias máquinas para extraer el agua a corta distancia unas de otras, en cuyo caso se hacen pozos particulares, donde se recojen las aguas de los diferentes pozos de extraccion por medio

de un sistema de galerías subterráneas bien entendido.

Los trabajos que se ejecutan en las minas, por vasta que sea la explotación, no presentan en la superficie del terreno mas que un pozo generalmente de la misma anchura, y las máquinas de vapor que se emplean en extraer el carbon y el agua de las inundaciones. Para ver, pues, las galerías es preciso bajar a los pozos, cuya descendencia se hace en los cubos mismos que sirven para extraer el combustible. Como a unos diez ó doce pasos distante de tierra, si es la primera vez que se baja, comienza a sentirse una especie de desvanecimiento que dura algun rato, pero que desaparece generalmente al llegar al fondo. Los trabajos subterráneos que allí hay se reducen a galerías mas ó menos anchas y dilatadas, donde reina una oscuridad profunda, por cuyo motivo se camina siempre con una luz en la mano. Las bóvedas que se atraviesan están guarnecidas de unas paredes hechas con una especie de piedra que se encuentra en la misma mina en seguida del carbon. De cuando en cuando hay machones que se tiene cuidado de renovar cuando amenazan ruina; y a veces sucede que mientras se hace esta operacion hay hundimientos considerables y peligrosos.

La operacion de hacer saltar la mina se reduce a abrir con un pico bastante largo un agujero de tres ó cuatro pies de profundidad en la mina misma, cuyo trabajo debe ser sumamente penoso porque los hombres que lo ejecutan sudan en términos que despiden de su cuerpo un humo parecido al que se desprende del agua hirviendo. Concluido el agujero se aplica pólvora como se hace ordinariamente en los barrenos de canteras, y salta la mina haciendo un ruido sordo ó apagado.

F. MERÁS.

POESIA.

LA CASCADA.

I.

¡Bien haya el dulce quejido
de la tórtola inocente,
¡cuyo arrullo querido
responde con fiel gemido
la voz de su amor ausente!

¡Bien haya la brisa pura,
que al vuelo llevando ufana
hacia la selva vecana,
con suave acento murmura
el canto de la mañana!

En himnos mil de armonía
formais sublime concierto;
sin sus acordes serén,
cascada, tu melodía
el espanto del desierto.

Esa voz que en tu hondo seno
mueje y la tierra conmueve,
¿quién á elevarla se atreve?
¿quién ha lanzado ese trueno
sobre tu espalda de nieve?

De fuente humilde nacida
que tus forores estruendo
vágaste un tiempo perdida
por la cumbre carcomida
de tu desnuda montaña:

Y cauces mil recorriendo,
prendada de su belleza,
acopiaste con presteza
y vertiste con estruendo
las perlas de su riqueza.

De entonces tu ardiente enojo
ni diques halló ni brio
que freno diese á su arrojó.
Átíva con el despojo,
conquista de tu alvedrío.

Te estrellas de roca en toca
sin que tu fuerza sucumba:
¡fuerza tenaz que derrumba
cuanto tu saña provoca
al hárrato de tu tumba!

¿Cuál flor de puros colores
podrá contrastar osada
tus tumbos asoladores?...
Pues no respetas las flores,
adios, tremenda cascada.

II.

Vedla de lejos.—¡Cuán bella
entre torrentes de espuma
desprende su leve bruma
como su velo una estrella!
Al díaano seno deja
sus tornasoles el día,
y en cambiantes mil envía
el iris que los refleja.
Cuando sus ondas dilata
y entre peñascos se mece,
su inmensa mole parece
monstruosa sierpe de plata;
sierpe que recta camina
salvando escollos sin cuento,
cegados con el aliento
que de su boca fulmina.
Tiempo será que su frente
ceda á la ley del destino,
y que barré un torbellino
la huella de su corriente;
que ese monte andaz humano
con fácil planta nivele,
y lo que fue no revele
ni aun el musgo de un pantano.
En sus victorias vencida,
fingiendo ardor y recreo,
así, burlando el deseo,
veloz nos deja la vida.
¡Oh esperanza! ¡oh sombra vana!...
Awad su risueño encanto,
los ojos negad al llanto,
mas nunca digais "mañana!"

CAYETANO ROSELL.

ADVERTENCIA.

Con la entrega de hoy se reparte el *Prospecto* de la segunda edición del *Semanario*, que tenemos ofrecido al público, y cuya suscripción queda abierta hoy 15 de marzo.

Habiéndose roto en la prensa el grabado nuevo que acompaña á dicho prospecto, los Señores suscriptores habrán de dispensar si todas las pruebas de este no han salido con la delicadeza que hubiéramos deseado.